

Caos, Creación y Ministerio

Dr. Justo L. González



Asociación para la Educación Teológica Hispana
2 de noviembre de 2018

© Justo L. Gonzalez

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/>
info@aeth.org

Caos, Creación y Ministerio

El tema que se ha propuesto para este panel, “Caos, creación ministerio”, de inmediato me lleva a pensar en la historia de una discusión entre varios personajes en la que uno de ellos, cirujano de profesión, dice que la más antigua de las ciencias y las artes es la cirugía, pues Dios la practicó al tomar la costilla de Adán. A ello responde un escultor recordando que antes de eso Dios tomó el polvo de la tierra y formó al hombre. Para no quedarse detrás, un arquitecto dice que la arquitectura es mucho más antigua, pues la primera obra arquitectónica fue la de Dios cuando le dio orden al caos. Y a todo esto el político contesta: “¿Y quién hizo el caos?”

Esa anécdota nos lleva directamente a plantear la pregunta de si en realidad el orden de nuestro título, en el que el caos precede a la creación, es el mejor. La noción de un caos primigenio anterior a la creación da a entender que no creemos verdaderamente aquello que dice el Credo Niceno, que Dios es creador “de todas las cosas visibles e invisibles”.

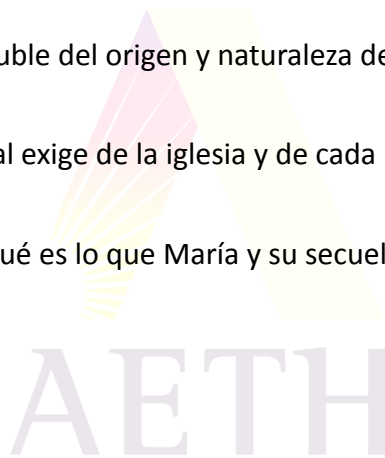
Pero esto de inmediato nos lleva a la antiquísima y perenne pregunta acerca del mal y su naturaleza. En su esencia, esa pregunta es cómo un Dios bueno y todopoderoso puede permitir

que exista el mal, que haya caos, no ya en aquel sentido abstracto de lo que pudo haber existido antes de la creación, sino ahora en lo concreto de nuestra experiencia cotidiana. Es una pregunta que los incrédulos repetidamente nos echan en cara. Es también la pregunta que cada cual se hace en momentos de angustiosa tragedia. Y es ciertamente una pregunta que también nos hacemos al contemplar los estropicios, las muertes y los dolores que trajo el huracán.

Confesemos de inmediato, sin embargo, que es una pregunta que no tiene respuesta. No digo que no tiene respuesta solamente porque a través de los siglos tantas personas la han buscado sin encontrarla, sino que no tiene respuesta por la propia naturaleza del mal. Lo que hace que el mal sea verdaderamente malo es que no tiene explicación. Si una madre pudiera ver algún propósito en la muerte de su hijo atropellado por un camión, el dolor sería el mismo, la tragedia sería la misma, pero al menos tendría el consuelo de saber que ese dolor no es en vano. Si pudiéramos explicar las razones y los propósitos con los cuales María nos visitó, las necesidades serían todavía las mismas, las pérdidas las mismas, y los dolores igualmente profundos, pero al menos tendríamos una explicación, una razón. Es por eso que Pablo se refiere al “misterio de la iniquidad”. La iniquidad, el mal, es un misterio inescrutable, y es precisamente eso lo que lo

hace verdadero y terrible.

Por otra parte, este mismo hecho de que el mal es inescrutable e inexplicable nos hace ver que la principal pregunta no es cómo explicar que un Dios bueno permita un desastre tal como María. Lo que es más, es muy posible que al hacernos esa pregunta, aún sin darnos cuenta de lo que estamos haciendo, estamos posponiendo una pregunta mucho más importante, que no es ya la cuestión teórica e irresoluble del origen y naturaleza del mal, sino más bien la cuestión existencial de qué es lo que el mal exige de la iglesia y de cada uno de nosotros y nosotras en esta hora. Más concretamente, qué es lo que María y su secuela exigen de nosotros y nosotras y de la iglesia hoy.



Puesto que se me ha pedido que inicie este panel como historiador, me atrevo a establecer un paralelismo con la iglesia antigua. Allá por los siglos tercero y cuarto, cuando se veían los comienzos de la decadencia del Imperio Romano, hubo también quien trató de explicar el mal que acontecía. Había invasiones. Había plagas. Había malas cosechas. Había hambre y desorden. Como era de esperarse, esto inmediatamente trajo a la superficie la cuestión del

origen y razón de los males que acaecían. Molestos por el crecimiento de la iglesia, muchos paganos decían que la decadencia se debía a que los antiguos dioses que hicieron grande a Roma habían sido abandonados. La culpa la tenían los cristianos, y era necesario obligar a adorar a los antiguos dioses para que Roma volviera a ser grande. (No sé por qué me siento tentado por un momento a dejar de lado nuestra lengua y decir en inglés “to make Rome great again”.)

Provocados por tales acusaciones, varios de los más grandes pensadores cristianos de aquellos tiempos se dedicaron a buscar explicaciones de los males del momento y respuestas a lo que se decía. Según algunos de ellos, las tragedias presentes no eran peores que las antiguas. Lo que sucedía era más bien aquello de “cómo a nuestro parecer cualquier tiempo pasado fue mejor”, de modo que quienes veían el hambre, la peste y el desorden de aquellos días pensaban que los tiempos anteriores habían sido mejores, cuando en realidad tal no era el caso. Otros decían que el mundo estaba envejeciendo, y que como nos sucede a todos al ir entrando en años y flaquea nuestro cuerpo y la vista se nubla, este mundo que va envejeciendo ya no tiene tampoco el vigor y la salud de siglos pasados. Algo más tarde, San Agustín trató de explicar la

caída de Roma diciendo que el Imperio Romano, como toda sociedad humana, es una ciudad terrena, fundada en el amor de sí mismo, y que por tanto lleva dentro de sí el germen de su propia destrucción.

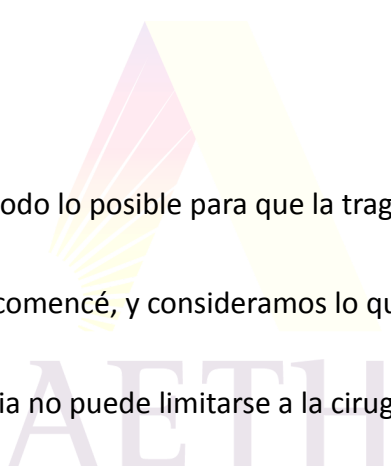
Todos esos argumentos se presentaron en respuesta a las acusaciones de los paganos. Eran argumentos sólidos, esgrimidos por las más preclaras mentes de la iglesia antigua. Pero la mejor respuesta, lo que en fin de cuentas vino a ser la verdadera respuesta, no fue lo que escribieron Tertuliano, ni Cipriano, ni Arnobio, ni siquiera Agustín. El mejor argumento, la mejor respuesta, fue la que dieron centenares de cristianos que respondieron a las tragedias del momento de una manera que sería inexplicable de no ser por el amor de Dios en sus corazones. Cuando venía la peste, y las gentes abandonaban las ciudades y hasta a sus propios familiares por salvar sus vidas, los cristianos quedaban detrás ayudando a los enfermos y enterrando a los muertos. Cuando hubo sequía y hambruna, los cristianos tomaron sobre sí la responsabilidad de compartir lo que tenían para alimentar a los hambrientos. Cuando vinieron las invasiones y llevaron cautiva a parte de la población, las iglesias que tenían vasos de oro en el altar los vendieron para rescatar cautivos.

En una palabra, la respuesta no vendría principalmente de quienes se dedicaron a explicar los males del momento, sino más bien de quienes respondieron a ellos. La mayoría de tales personas no serían tan sabias como Cipriano o Agustín. Pero para practicar el amor no hay que saber mucho. Hay que estar informado, sí. Pero no hay que tener respuesta a todas las preguntas.

Volviendo entonces al tema propuesto, “Caos, creación y ministerio”, yo sugeriría hoy que quizá deberíamos cambiar el orden, y decir “creación, caos y ministerio”, porque lo primero no es el caos, sino la creación. O, dicho de otra manera, lo más importante no es resolver el problema insoluble de la relación entre la creación y el caos, entre un Dios bueno que hace un mundo y ve que es bueno, y el mundo caótico en que vivimos. Sabemos que Dios es todopoderoso y creador de todas las cosas visibles e invisibles. Sabemos que por varias razones que no entendemos a cabalidad, pero una de las cuales es el pecado humano, el orden que existe en esta creación de Dios no es el buen orden que Dios se propone. No sabemos cómo se reconcilia la existencia del mal con la existencia, el poder y el amor de Dios. Pero sí sabemos que Dios nos invita, nos manda y nos obliga a responder al mal con amor, justicia y servicio. Y eso es

ministerio.

El ministerio en esta situación es ante todo servir al necesitado. Lo que la iglesia en Puerto Rico ha hecho compartiendo agua y comida, luz eléctrica y transporte, y sobre todo compasión, es mucho más importante que cualquier cosa que podamos decir aquí acerca de la relación entre la creación y el caos, entre la voluntad de Dios y el mal que existe en el mundo.



Pero el ministerio también hace todo lo posible para que la tragedia no se repita en el futuro. Si volvemos a la anécdota con que comencé, y consideramos lo que sería el ministerio de cada cual, el cirujano de aquella historia no puede limitarse a la cirugía, sino que también tiene que considerar cómo reorganizar los servicios médicos de tal modo que estén al alcance de todos, y lo que sucedió una vez no vuelva a suceder. El escultor de aquella historia no puede limitarse a hacer objetos que parezcan bellos y valiosos, sino que también tiene que ocuparse de formar valores que embellezcan el alma de un pueblo. El arquitecto de aquella historia tiene que asegurarse de que el nuevo orden que se construya no conlleve la vulnerabilidad y la injusticia que María dejó al desnudo. ¿Y el político? El político tiene que comprender que hay valores más

importantes que el poder, que la dignidad no se compra, y que su función no es servirse a sí mismo ni a su partido, sino al pueblo.

¿Y los cristianos? ¿Y la iglesia? Los cristianos y la iglesia tenemos la obligación no solo de responder a las necesidades inmediatas de cada cual, sino también de asegurarnos de que el médico, el escultor, el arquitecto y el político hagan cada cual lo que en justicia les corresponde. Eso también es ministerio.

